

Third Sunday of Lent: Fidelity and The Temple

In this week's First Reading from Exodus, we hear how the Lord gave the Israelites Ten Commandments. It would be tempting to just hear this reading, which we are quite familiar with, and allow that familiarity to lead us to see the Ten Commandments simply as a checklist of rules.

Yet these commandments emerge out of Israel's fundamental covenantal relationship with God. For the Israelites, a covenant was far more than an alliance or legal agreement. Entering a covenant means formalizing a deep and intimate relationship which becomes an exchange of persons.

In his covenants with the Jewish people, the Lord binds himself to Israel, and the Israelites bind themselves to the Lord. This is the essential meaning of the word religion, which we get from the Latin word *ligere*, which means "to bind." In this covenant, the Israelites are literally "bound again" to the Lord in relationship. Thus, the first commandment is rooted in relationship with the Lord: "I, the LORD am your God, who brought you out of the land of Egypt, that place of slavery. You shall not have other gods besides me" (Ex 20:2–3).

Following the Ten Commandments, then, is a loving response to the God who led the Israelites out of an experience of slavery into life and freedom. Why is this important for us, who encounter this reading thousands of years after it was written? The Gospel reading helps us answer that question.

All of the covenants which we see in the Old Testament prepare the world for the definitive and eternal covenant in Jesus Christ. The Gospel reading depicts Jesus cleansing the temple. As he turns over the moneychanger's tables, Jesus is reprioritizing relationship with God over exclusively external obedience to rules that has become merely transactional.

The sacrifices required by Mosaic law in the Old Testament were also ways in which Israel signaled their fidelity to their covenantal relationship with God. In Jesus' time, the moneychangers and vendors in the temple were making it more difficult for the Jews to express this fidelity by profiteering and taking advantage of those who did not have access to their own animals.

In addition, we must recognize that, for the Jewish people, the Temple sat at the center of culture, religion, and society. In many ways, it was one of the foundations of their identity as a people. Jesus' cleansing of the Temple disrupts that essential worship happening within the temple, and he makes a startling declaration. "'Destroy this temple and in three days I will raise it up.' The Jews said, 'This temple has been under construction for forty-six years, and you will raise it up in three days?' But he was speaking about the temple of his body" (Jn 2:19–21).

Jesus is signaling that he is going to fulfill the Mosaic Covenant. In his actions in today's Gospel, Jesus is demonstrating that, in the new and eternal covenant, authentic worship of the Father will not occur in the context of a place but from within his Person, from within an intimate and personal relationship with Jesus in the midst of his Mystical Body, the Church.

And it is in the Holy Eucharist, where we receive Jesus, Body and Blood, Soul and Divinity, that our union with Jesus grows deeper and more profound.

Meditation taken from eucharisticrevival.org

Tercer domingo de Cuaresma: Fidelidad y El Templo

En la primera lectura de Éxodo de esta semana, escuchamos cómo el Señor dio a los israelitas los Diez Mandamientos. Sería tentador escuchar esta lectura, con la que estamos bastante familiarizados, y permitir que esa familiaridad nos lleve a ver los Diez Mandamientos simplemente como una lista de reglas.

Sin embargo, estos mandamientos surgen de la relación fundamental de alianza de Israel con Dios. Para los israelitas, una alianza era mucho más que un pacto o un acuerdo legal. Entrar en una alianza significa formalizar una relación profunda e íntima que se convierte en un intercambio de personas.

En sus convenios con el pueblo judío, el Señor se une a Israel, y los israelitas se unen al Señor. Este es el significado esencial de la palabra religión, que obtenemos de la palabra latina *ligere*, que significa “atar”. En esta alianza, los israelitas están literalmente “atados de nuevo” al Señor en relación. Por lo tanto, el primer mandamiento está arraigado en la relación con el Señor: “Yo soy el Señor, tu Dios, que te hice salir de Egipto, de un lugar en esclavitud. No tendrás otros dioses delante de mí” (Ex 20, 2-3).

Seguir los Diez Mandamientos, entonces, es una respuesta amorosa al Dios que sacó a los israelitas de una experiencia de esclavitud a la vida y la libertad. ¿Por qué es importante para nosotros, que nos encontramos con esta lectura miles de años después de que fuera escrita? La lectura del Evangelio nos ayuda a responder a esa pregunta.

Todas las alianzas que vemos en el Antiguo Testamento preparan al mundo para la alianza definitiva y eterna en Jesucristo. La lectura del Evangelio muestra a Jesús limpiando el templo. Al voltear las mesas de los cambistas, Jesús está volviendo a priorizar la relación con Dios sobre la obediencia exclusivamente externa a las reglas que se ha vuelto meramente transaccional.

Los sacrificios requeridos por la ley mosaica en el Antiguo Testamento también fueron formas en que Israel señaló su fidelidad a su relación de alianza con Dios. En la época de Jesús, los cambistas y vendedores en el templo estaban dificultando que los judíos expresaran esta fidelidad aprovechándose de aquellos que no tenían acceso a sus propios animales.

Además, debemos reconocer que, para el pueblo judío, el Templo se encontraba en el centro de la cultura, la religión y la sociedad. En muchos sentidos, fue uno de los cimientos de su identidad como pueblo. La limpieza del Templo por parte de Jesús interrumpe ese culto esencial que ocurre dentro del templo, y hace una declaración sorprendente. “‘Destruyan este templo y en tres días lo volveré a levantar’. Los judíos le dijeron: ‘Han sido necesarios cuarenta y seis años para construir este Templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?’ . Pero hablaba del templo de su cuerpo” (Jn 2, 19-21).

Jesús está señalando que va a cumplir la Alianza Mosaica. En sus acciones en el Evangelio de hoy, Jesús está demostrando que, en la alianza nueva y eterna, el auténtico culto al Padre no ocurrirá en el contexto de un lugar, sino desde dentro de su Persona, desde dentro de una relación íntima y personal con Jesús en medio de su Cuerpo Místico, la Iglesia.

Y es en la Sagrada Eucaristía, donde recibimos a Jesús, Cuerpo y Sangre, Alma y Divinidad, que nuestra unión con Jesús se hace más y más profunda.